

DEMOCRACIA, CIUDADANÍA Y POESÍA DE LA CONCIENCIA CRÍTICA

[en AA. VV., *Voces del extremo: Poesía y Conciencia*, Moguer, Fundación Juan Ramón Jiménez, 2000, 25-34.]

Para Alicia Bajo Cero, Herbert Marcuse y Marcos Z.,
que han pensado las mejores ideas de este artículo.

1. *La República y el ciudadano poeta*

En el libro tercero de la *República*, Platón expulsa de su *utopía* a los poetas que no se limitan a enunciar el discurso del poder; a quienes no cumplen su tarea de ser voceros de la ideología dominante; a quienes se niegan a ser los educadores de la población en los presuntos "valores" superiores que *deberían* estructurar las desiguales relaciones sociales y políticas del Estado jerárquico. Es decir, Platón avisa, en corto, de que en su República no hay sitio, en general, para los poetas, puesto que para entonces estaba claro que éstos no iban a convertirse en sus *funcionarios* ni a responder a sus exigencias: la época de Pericles y de los sofistas había producido un tipo de poeta que tendía a poner en entredicho la realidad monolítica de la *polis* y las presuntas "virtudes" que la sustentaban. Bien pertrechados con la máxima epistemológica de Protágoras, los poetas pensaban que no había verdad social que no pudiese ser (con)movida, ni supuestos morales o políticos que no pudiesen ser puestos en práctica: que, en efecto, el ser humano, en tanto que ciudadano participante en la vida de la *polis*, era la medida de todas las cosas, tanto de las que ya existían en la comunidad política, como de las que no existían pero podían, sin duda, si los ciudadanos quisieran, llegar a existir. En esa senda, desde entonces, muchos poetas dieron en no obedecer los discursos culturales de sus clases dominantes y en ofrecer "versiones" subversivas de la realidad: lúcidas interpretaciones que la ponían boca abajo, abierta en canal con sus vergüenzas al aire o contradicha por nuevas intuiciones sociales o políticas. El poeta fue siempre un ciudadano incómodo para el poder, un fulano nada dispuesto a comulgar con ruedas de molino: un[25] tenaz impertinente que decía molestas impertinencias que ponían en evidencia los entramados corruptos u opresores del Estado; una voz comprometida con la causa de la justicia, que producía discursos que tendían a descifrar, para útil y general conocimiento de la población, los oscuros intereses a que servían las instituciones y los gobiernos.

Sin embargo, en estos días nuestros, cuando más necesaria es su palabra descifradora o sus propuestas morales y políticas, los poetas expulsados de la República han asumido

como buena su expulsión, y, ahora, *como tales poetas*, no parecen estar interesados por lo que sucede en el Estado, y el Estado, por eso mismo, no parece estar interesado por lo que ellos escriben: los ha controlado, desarmado de aquello que más le preocupaba: su conciencia crítica, su capacidad para ver más allá: para situarse en el espacio del *asombro político*, allí donde los "otros" son el espejo de nuestra propia degradación moral. Ahora, los poetas parecen ser inmunes, *como tales poetas*, al dolor ajeno: al sufrimiento de los menudos que padecen los desafueros de las estructuras impuestas por los poderes dominantes. La democracia como paradigma político de la soberanía popular parece que no tiene nada que ver con ellos, puesto que aceptan, sin una palabra de protesta o reflexión, su sistemática destrucción, su mortal enflaquecimiento imparabile. Ya no existe, como voz colectiva que supone una llamada de atención, el ciudadano poeta que pone en el centro de la escena pública su palabra y su vocación solidaria y subversiva, y van siendo pocos los poetas que, a veces, ofician de ciudadanos. Tal irresponsabilidad no ha sobrevenido de modo casual: es el resultado de la sistemática imposición, entre los intelectuales, de la ideología del individualismo anómico e insolidario, del estéril individualismo posesivo y consumista dominante: cada cual se preocupa de sí mismo, de sus propios intereses sociales o económicos, o de su propia poesía.

2. Espacio público y espacio privado: la ciudadanía del ciudadano poeta

La ideología liberal ha introducido una intolerable escisión en el seno de la ciudadanía, creando una tensión (moral y políticamente venenosa) entre los dominios de lo público y de lo privado, y arrancando el dominio de lo público (y, de rechazo, también el de lo privado) de los intereses personales de la existencia humana. Porque lo que sucede, en verdad, es que el compromiso cívico con el mundo (con los "otros") se produce en la práctica tanto en uno como otro espacios. Así, el producto de esa escisión nos recluye en la vida privada, nos empuja a dimitir de nuestra responsabilidad y nos convierte en mónadas aisladas[26] que no entran en conexión intersubjetiva, porque el espacio de lo público es el espacio reservado a las instituciones e intereses reproductivos del Estado, y el espacio de lo privado, el reservado a las manipulaciones económicas no responsables políticamente y a la doméstica intimidad insular de cada cual. Así, por ejemplo, ni la corrupción política, ni la explotación económica, ni las agresiones sexistas son cosas de las que la ciudadanía (personal o colectivamente), aquí y ahora, tenga que preocuparse. La ciudadanía es hoy un fantasma, traslúcido de tan enclenque, que se limita a arrastrar sus cadenas arrojando al aire sus suspiros; un ridículo fantasma que no asusta a nadie.

Así, pues, es preciso que despertemos y demos la voz de alarma: también, y sobre

todo, como poetas. Somos seres humanos completos y no los fragmentos escindidos que desearía el poder. Lo personal es político y lo político personal. No hay escisión posible entre esos dominios: son el mismo dominio del ser humano autónomo y, por eso, autoleislador, que exige ser tratado como fin y no como medio; como sujeto (y no como objeto instrumental) que participa en la conformación misma del espacio social en que vive. Así, en ese sentido, el poeta opta desde el momento en que decide ponerse a escribir; cuando inicia su trabajo poético con las palabras y elige determinada construcción del tejido poético; cuando adopta para su capacidad de reflexión y desciframiento cierta finalidad: sin remedio, escoge la función que como poeta ha de tener y su posición ante la función a que el sistema capitalista lo destina. No hay manera de eludir esa opción.

Por eso es necesario que los poetas salgan de su aislada domesticidad de individuos dedicados al sacratísimo deber de la genialidad, y que se echen a la calle para *ser con los "otros" en tanto que poetas*. No se puede ser ciudadano a tiempo parcial; poeta en la intimidad ahora que me visto con la seda del vate y ser humano preocupado por la explotación al día siguiente cuando me pongo la chaqueta de pana (?). Se trata, entonces, no ya de *escribir poesía política*, sino de *politizar el hecho de escribir poesía*: convertir el acto de escribir poesía en un nuevo espacio político/público. Se trata de *politizar el hecho de ser poeta*.

Las palabras sirven para nombrar y pensar la realidad en que vivimos; para tratar de hacerse cargo de lo que somos, o suponemos que somos, en el interior dinámico de esa realidad; para comunicarnos con los "otros" que no somos nosotros, y así crecer en la realidad intersubjetiva que nos construye y que contribuimos a construir. Por eso, sería absurdo un tipo de ser humano que tiene a las palabras (su uso, su manipulación) como instrumento de trabajo, y que, sin embargo, pretende que no tiene ninguna responsabilidad social en el uso de ese instrumento. Quien suele trabajar con las palabras: engaña o desvela, condena o libera, no es inocente: es siempre responsable. Es, individual y colectivamente, responsable de lo que escribe y efectúa como poeta. Y lo mejor que podemos hacer es asumirlo y obrar en consecuencia. Repito: individual y colectivamente.

El discurso poético entra necesariamente[27] en connivencia o en liza con los diversos discursos del poder. Las propias estrategias discursivas deben formar parte de la necesaria (re)politización del hecho poético: si aceptan el estéril margen sofisticado a que han sido arrojados por el sistema capitalista y muerden el anzuelo normalizador del poder, entonces los poetas estarán cegando la capacidad reflexiva, impidiendo el desarrollo de la conciencia crítica, proponiendo una simplificación retórica de la comprensión de lo real. Si van en sentido contrario, el hecho poético mismo (y las tematizaciones y estrategias discursivas manejadas) se manifestarán con toda la carga de responsabilidad moral que le debe ser exigida al agente de un acto que no es puramente solipsista, que nace con vocación de hablar

en el escenario de los discursos públicos (supuesto que quiere ser discurso *publicado*).

Porque sucede que la responsabilidad moral que nace del hecho poético se materializa en relación con el resto de la ciudadanía que debería ser, junto con el poeta, la medida de la realidad social y política. La "verdad" no existe como dada de antemano a nuestra insular autocomprensión: nuestro hecho poético (el acto que realizamos) debe contar con las verdades de los "otros", con sus lecturas de la realidad y con sus "necesidades". Hacer del acto poético un acto egocéntrico (como está de moda en las corrientes dominantes) es producir, en el centro neurálgico mismo del poema, la peor enfermedad posible del espíritu: el egoísmo insolidario, el cierre de la conciencia en una irresponsabilidad cómplice, el retraimiento al interior de la propia sustancia vital que no hace sino contaminar el poema de egolatría: la mácula suprema del individualismo posesivo y consumista de la sociedad capitalista actual.

Ser ciudadanos plenos, como poetas, significa actuar *públicamente como tales* en los distintos espacios de vida en los que nos encontramos como sujetos, rechazando ser confinados en la dorada jaula hermética a la que se nos destina. El espacio de la política está secuestrado por el Estado: hay que luchar para reconquistarlo abriendo nuevos espacios públicos, donde el yo ciudadano pueda expresar, con sus actos de vida, su vigor ético y su responsabilidad política. El hecho poético puede ser un puro fuego (juego) de artificio egolátrico, o bien un hecho que se produce en el espacio de la intersubjetividad, en el espacio en que los seres humanos se construyen entre sí y construyen el mundo en que viven. El hecho poético puede ser el acto ruín de un retraimiento a la pura interioridad exenta o puede ser el acto reflexivo solidario y crítico que fundamente un "estar en el mundo con los otros": así, el acto poético se configurará también como una parte sustancial de lo que Hannah Arendt llamó el "espacio de aparición" de los seres humanos.[28]

3. Política e ideología en el trabajo poético

Lo que se ve, cuando se contempla la realidad, depende del lugar (la clase, el género: la ideología) desde el que se mira/se interpreta: no hay opinión neutra, no existe ninguna presunta objetividad. El objeto que vemos y evaluamos no es más que el manejo de características que la costumbre (o nuestra específica perspectiva) nos deja ver: situados en otro punto de vista el objeto se nos aparecería distinto, *otro*. Así, si cualquier visión produce *valores*, hablar de la realidad será siempre proponer *una* realidad. Eso hace posible que, sacando a la luz sus mecanismos opresores, pueda ser propuesta (al mismo tiempo) una realidad distinta. Otra cosa hacen aquellos discursos que dan como buena (y como única posible) la realidad *actual*, puesto que hacen imposible su puesta en cuestión y su (necesaria)

superación. Otra cosa hacen, también, los que estudian hablar de cualquier realidad que no sea esa ficción que dice ser su propio yo hermético.

Asimismo, hablar de la poesía, como se hace en la práctica crítica y teórica, es siempre proponer un tipo de poesía. El trabajo discursivo de una crítica que fuera consonante con la poesía de la conciencia crítica debería recorrer dos senderos, complementarios, en su propuesta analítica: primero, debería desvelar los mecanismos ideológicos ocultos bajo el espejismo de la *pureza* poética, de la neutralidad *apolítica* de la literatura, tal como circulan por los libros de poemas de las tendencias dominantes; segundo, debería desvelar esos mismos mecanismos tal como son programados en el interior, presuntamente aséptico, de la (complementaria) crítica de poesía practicada por los teóricos *orgánicos* de dichas corrientes. Haciendo ambas cosas, estaría proponiendo, en vez, una práctica distinta.

Para ello, deberíamos salirnos de los cauces marcados por las pautas hegemónicas en el trabajo poético-crítico: desprender de nuestra mirada la niebla falseadora de la ideología dominante y tratar de ver lo que hay más allá de los presuntos temas *de siempre*, para descubrir, debajo de los tópicos banalizados por aquellas poéticas, los intereses estratégicos de la clase hegemónica, y desvelar los sofismas totalitarios de la(s) poesía(s) *como "dios" manda*.

La presunta poesía *de siempre* (y la crítica con ella comprometida) quiere que nos traguemos la bazofia que nos mantiene sometidos en el *estupor*. Predican la privacidad autosuficiente, la autocomplacencia propia del individualismo burgués que no ve más allá de sus intereses particulares. La enunciación del poema la realiza un sujeto autojustificante que se aísla dentro del espacio de la intimidad y corta cualquier amarra con los problemas colectivos: de hecho, con todos los problemas ajenos. Funda un mundo que no existe y le otorga la primacía poética sobre el *bajo mundo* de la realidad exterior, sancionado, como está, por la alta misión/visión del poeta, oráculo sagrado de *la normalidad*. Así, nos proponen una ética del "no hacer nada", un mensaje generador de indiferencia y hastío (eso sí: exquisito) ante el presente: derivas sin rumbo, abandono al cansancio, naufragio, renuncia, claudicación, aburrimiento, huida. Un discurso anestésico que contribuye al asentamiento de la *normalidad* capitalista, de *lo de siempre* burgués: tópicos tradicionales resueltos de manera tradicional. Es decir, ideología conservadora en estado puro: conformidad acrítica, resignación elegíaca que mira hacia atrás y desprecia el presente y el futuro. Todo lo demás, dicen, es hermetismo o política. Dado este tipo de discursos poéticos, el sistema capitalista, como dice Marcuse, "los digiere prontamente como parte de su saludable dieta". Nuestra misión, por el contrario, es no dejarnos digerir.

Porque, como es sabido, luego viene la función legitimadora de la crítica afecta y su función simbólica represiva. Y, con ella, la de las antologías que diseñan el canon de lo que cuenta, la de quienes conceden los premios en los concursos y la de quienes deciden conceder

las *denuncias* de la publicación. Desechan, por *político*, aquel discurso poético que es contrario al contenido político de su propio discurso. Bien pertrechado de los tópicos poéticos *de siempre*, leídos con el falso candor de una mentirosa ingenuidad interesada, *sensatamente* asentados en el núcleo ideológico del pensamiento dominante, ... ¿cómo va a ser político ese discurso? Frente a ese contenido ideológico no marcado, que no se ve, de tan acostumbrado como se está a sentirlo como la voz interior de una verdad que no tiene ni principio ni fin, cualquier discurso contradictorio aparecerá como agudamente marcado, *groseramente* político: despreciado por no seguir los correctos cauces de la poesía *no ideologizada*.

Así, los partidarios del discurso político dominante presentan sus intereses (*de sentido común*) como los que conciernen a todos, y arrojan al desprecio y la invisibilidad a los que no los comparten. Si el poema y sus críticos *orgánicos* ensalzan el individualismo burgués, la autocomplacencia ensimismada, la huida incivil a la vida privada, entonces, se tachará de *político* cualquier discurso que ponga por delante un interés solidario por *los otros*, y se lo repelerá al exterior del *campo poético* por resultar incómodo. La operación concluye cuando los sectarios, prevalidos de su pertenencia a la(s) tendencia(s) poético-política(s) dominante(s), motejan de sectarios a aquéllos a quienes, ellos mismos, están excluyendo de modo totalitario. También el campo poético, más allá de los mecanismos de subyugación ideológica, tiene sus instituciones (sus *cuerpos represivos*) para el ejercicio de la coacción *pública* de los *distintos*. Nuestra lucha colectiva frente a las instituciones de la canonización poética, y contra los mecanismos de subyugación y coacción que realizan esa labor de normalizar y reprimir, es, así, ineludible.[30]

4. El ciudadano poeta contra la digestión del sistema

A contracorriente, nuestro camino debería ser hablarle al ser humano de su existencia cotidiana, para hacer surgir de ese discurso la evidencia reflexiva de lo intolerable de sus vidas como seres humanos: aquí y ahora. Nuestra finalidad debería ser romper sin pudor las expectativas de información, provocando el extrañamiento con las palabras más cotidianas, con los vocablos que mejor articulen el dolor oculto, el desánimo reprimido, la amargura negada: desvelar las (falsas) necesidades inducidas por la propaganda, que esclavizan en lugar de servir como base de la liberación. Escribir de modo que las palabras penetren como un cuchillo que saje las heridas escondidas, las personales y las colectivas (éstas son las personales vistas en perspectiva pública); que haga brotar el pus almacenado en la trastienda de las bellas palabras; que descubra el hedor de la descomposición en los anuncios para el consumo que pretende adularnos para que nos traguemos la píldora de la opresión socioeconómica y moral; que saque a la luz la cara cadavérica del tinglado ficticio de la

licencia vida cotidiana. el temo del silencio y de las dobles palabras mentirosas. Hace aparecer lo que hay detrás: la vida cotidiana real, el miedo real, la miseria real, la destrucción real, la (des)moral(ización) real.

Escribir, al mismo tiempo, de modo que el discurso poético no pueda ser absorbido por el mundo que trata de negar: no ofrecer evasión o entretenimiento, sino fastidiar, sino poner en evidencia. Escribir de modo que sea imposible la integración en el sistema de falacias que reproducen el sistema social. Moverse en el seno del sistema poético público de modo que sea imposible que se produzca nuestra asimilación. Molestar, incomodar, hacer ver en nuestros discursos las estrategias ideológicas que tratan de ocultar el (verdadero) cuerpo del (verdadero) delito. Los conflictos de ahora no son precisamente los de siglos pasados: desnudar la falacia de la alta literatura. (La alta literatura no es sino aquella literatura que mejor acierta en cada época con la enfermedad moral y social de las comunidades humanas; que hace mejores propuestas de vida buena a los individuos y a la colectividad; que mejor nos hace avanzar por el sendero de la emancipación humana individual y colectiva.) Sacar a la luz el cuerpo corrupto del discurso literario actual para poner sobre la mesa de operaciones los conflictos del ser humano aquí y ahora. Nuestra "conciencia crítica" ha de ser, por fuerza, una "conciencia histórica", y nuestro "juicio", una investigación sin contemplaciones en los orígenes (que son el espacio de la memoria secuestrada), en el presente (que es el espacio de la ocultación farsante), en el progreso (que es el espacio de la ficción que abrasa nuestras conciencias).[31]

Es responsabilidad del poeta la utilización de las palabras precisas, que nombren la realidad sin subterfugios manipuladores: no nombrar la justicia como si existiera o supiéramos qué cosa es, sino nombrarla de modo que pueda ser identificada en su verdadero contenido regulativo, no según su *cuerpo presente* actual; identificar ese *cadáver*, es decir, nombrar la injusticia, identificando el contenido que debe ser recusado, y negarla, proponiendo una vida buena en una sociedad justa. Así, el poeta no debería escribir para ocultar la realidad dolorosa, sino para nombrarla y proponer su antídoto. Por eso, los términos clave de este lenguaje no deberían ser los sustantivos hipnóticos que evocan infinitamente los mismos predicados congelados que el sistema nos propone. Más bien deberían permitir un desarrollo abierto de la reflexión lectora, desarrollando su contenido mediante predicados contradictorios inasimilables por el monologismo ideológico. Así, un trabajo poético de saneamiento léxico-político sería, por ejemplo, introduciendo la compleja contradicción de la vida privada existente, el análisis de los términos clave de la configuración del espacio político/público: democracia, ciudadanía, soberanía popular, legitimación, justicia, libertad, igualdad de oportunidades, participación. Qué mina de mentiras y oscurantismo cegador para desvelar.

El intelectual progresista es un objeto a comprar y un objetivo a destruir por el poder dominante: multitud de recursos se ponen en juego para conseguir uno y otro "logros". Por eso, en estos tiempos recios en que las imágenes nos someten, las palabras tienen que insurreccionarse. Ahora que los poetas no son nada en el circo teledirigido, sus capacidades discursivas deben ayudar a desvelar la Gran Mentira; deben dialogar reflexivamente sobre lo que (nos) sucede, sobre lo que nos están haciendo; deben tejer una red de acción ciudadana por la que las ideas circulen con toda su capacidad desveladora y reconstructiva intacta.

Las imágenes hablan de la evidencia de la inmediatez, de la verdad de la información; dicen que es real lo que muestran, que lo que vemos debe ser aceptado como la certeza misma. Mienten, y matan con esa mentira. Por eso debemos mirar hacia afuera, hacia lo que sucede en nuestras calles o en las calles de los "otros" que se azacanan a nuestro alrededor. Ahora es preciso obligarnos a mirar lo que sucede y es preciso nombrar lo que vemos con palabras precisas. Es necesario enseñar(nos) a hablar de nuevo, a pensar de nuevo con los[32] limpios vocablos de la razón insurrecta y el sentimiento solidario.

Ya lo sabemos: repetir es demostrar. Los poetas apolíticos (es decir, de derechas) dan por sentado que todo está bien como está, que no hay nada que cambiar como no sea en la misma dirección, y disimulan mientras repiten las consignas que nos destruyen. Nosotros no podemos decir que en otro espacio y en otro tiempo de nuestra existencia haremos, individual y colectivamente, lo que tengamos que hacer. ¿Acaso no empleamos horas y horas tratando de escribir el mejor poema posible? ¿Qué cosa tan importante hacemos como para que pensemos que es lo más importante de nuestra vida, si, al mismo tiempo, negamos a nuestros discursos, en lo esencial, su capacidad de ser arietes de la transformación ideológica? Los discursos dominantes nos dominan, entre otras cosas, porque no nos empleamos a fondo en nuestra lucha contra ellos.

Los poetas dominantes están organizados, y, aunque no lo estuvieran, no importaría, porque van a favor de la corriente: difunden la verdad mediática, las imágenes de la realidad confirmada por los amos de la información. Y nosotros, ¿seguiremos resistiendo aislados, en nuestra torre de marfil sacratísima, cebados por la ideología liberal del poeta individualísimo y genial? Poco a poco, los que se resisten se cansan de resistir y aceptan los cantos de sirena de las plataformas publicísticas: a fin de cuentas, si son profesionales del discurso, ¿cómo no van a ser capaces de encontrar coartadas y razones para legitimar la dimisión de su responsabilidad, la aceptación silenciosa de los dictados sublimados del poder mediático? Lo que hay se hace pasar por inevitable y, luego, incluso, por necesario; poco tiempo faltará para que se le ofrezcan al poeta cómplice buenas oportunidades.

Aceptamos sin más, como si fuera autoevidente, que la labor del poeta se produce -

debería producirse- en una multitud retráctil que no admite -que no debería admitir- contaminación alguna. La cultura dominante privilegia el aislamiento, la máquina consumista que nos consume, la individualidad anómica y asocial, porque le es necesaria al sistema la pasividad de la población, una muchedumbre ensimismada a la que así podrá mover -como corderos hacia el matadero- a golpe de avalancha de imágenes y repetición de consignas. La apatía se genera en el aislamiento: por eso es precisa la acción colectiva de los poetas, aquella determinación lorquiana de adentrarse en el lodazal para contribuir, con el resto de la ciudadanía, a rescatar la rosa de la vida buena que allí se consume.

El fascismo -y su *neolengua*- se anuncia de nuevo en el horizonte; de hecho, vivimos en el seno de un fascismo de baja intensidad: en la sociedad totalmente administrada en que la tolerancia no es sino sinónimo de desentendimiento, burla y represión de las tendencias solidarias y desinteresadas del ser humano. ¿Y no trabajaremos desde nuestro oficio de poetas, individual y colectivamente, contra el crecimiento de ese monstruo que ya conocemos? Los poetas debemos volver a la República: no para salvar a nadie en plan épico, sino para, humildemente, salvarnos con los demás que viven con nosotros, y para que, juntos, salvemos a todos los que han de venir después de nosotros, como quería el epicúreo Diógenes de Enoanda, siguiendo las huellas de su maestro, hace mil ochocientos años. Esa[33] es, ni más ni menos, la empresa mejor y más emocionante en que los seres humanos nos podemos embarcar. A pesar de las ruedas de molino con que siempre han pretendido hacernos comulgar. A pesar de Platón, y de sus secuaces, los poetas *funcionarios*. [34]

Salustiano Martín